

COMO RESOLVER CONFLICTOS

PRINCIPIOS BASICOS SOBRE LA PACIFICACIÓN BÍBLICA

La Biblia da un sistema simple pero fuerte para resolver conflictos. Ese sistema se resume en El compromiso del Pacificador.

Estos principios son tan simples que sirven para resolver los conflictos más básicos de la vida diaria. Pero son tan potentes que han servido para mediar y arbitrar casos difíciles de divorcio y custodia de niños, malversación, divisiones en la iglesia, disputas millonarias entre socios, juicios por negligencia médica y abuso sexual. Los principios se presentan a continuación. (Para una explicación más amplia, vea el libro de "El Pacificador" por Ken Sande.)

El conflicto como oportunidad

El conflicto no es necesariamente malo ni destructivo, aún cuando lo haya producido el pecado y haya causado mucha tensión, Dios lo puede utilizar para el bien (ver Romanos 8:28-29). Pablo dice en 1 Corintios 10:31-11:1, que el conflicto da tres oportunidades significativas. Con la gracia de Dios, podemos utilizar el conflicto para:

- Glorificar a Dios (confiando en Dios, obedeciéndole e imitándolo)
- Servir a otros (ayudándoles a llevar sus cargas o enfrentándolos con amor)
- Crecer hasta ser como Cristo (confesando el pecado y abandonando actitudes que fomentan el conflicto).

En la mayoría de los conflictos, estos conceptos son completamente ignorados porque lo natural es que las personas se concentren en salir de la situación o en vencer al oponente. Por lo tanto, es bueno apartarse periódicamente de un conflicto y preguntarse si se está haciendo todo lo posible para aprovechar estas oportunidades especiales.

Glorificar a Dios

Cuando el apóstol Pablo insta a los corintios a vivir "para la gloria de Dios", no habla de una hora los domingos en la mañana. Lo que quería era que honraran a Dios y lo alabaran en la vida diaria, especialmente en la manera de resolver los conflictos personales (ver 1 Corintios 10:31).

Podemos glorificar a Dios en medio del conflicto si confiamos en Él, le obedecemos y lo imitamos (Proverbios 3:4-6; Juan 14:15; Efesios 5:1). Una manera de tener estos conceptos muy presentes en la mente es preguntarse constantemente: "¿Cómo puedo agradar y honrar a Dios en esta situación?"

"¿Cómo puedo
agradar y honrar a
Dios en esta
situación?"

Sacar la viga del propio ojo

Uno de los principios más difíciles de la pacificación se presenta en Mateo 7:5, donde Jesús dice: "¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano".

Por lo general hay dos tipos de "vigas" que debemos buscar cuando tratamos con un conflicto. Primero, uno tiene que preguntarse si ha tenido una actitud crítica, negativa o demasiado sensible que ha llevado a un conflicto innecesario. Una de las mejores maneras de hacerlo es dedicar tiempo a meditar en Filipenses 4:2-9, que describe la actitud que los cristianos deben tener cuando se encuentran en un conflicto.

El segundo tipo de viga que hay que tratar son las palabras y las acciones pecaminosas. Puesto que a menudo uno no ve sus propios pecados, es posible que necesite un amigo o consejero sincero que lo ayude a verse de una manera objetiva y haga frente a la responsabilidad que tiene en el conflicto.

Después de identificar las formas en que uno ha hecho daño a otra persona, es importante admitir las faltas de manera sincera y total. Una forma de hacerlo es utilizando "Los siete elementos de la confesión":

- Dirigir la confesión a todos los involucrados (todos los afectados)
- Evitar el "si", el "pero" y el "tal vez" (no tratar de justificar los errores)
- Admitir de manera específica (las actitudes y las acciones)
- Reconocer el daño (expresar dolor por el daño ocasionado)
- Aceptar las consecuencias (tales como la restitución)
- Cambiar el comportamiento (cambiar actitudes y acciones)
- Pedir perdón

El aspecto más importante de sacar la viga del propio ojo es ir más allá de la confesión del mal comportamiento y hacer frente a la causa de ese comportamiento. La Biblia enseña que el conflicto resulta de los deseos que luchan en el corazón (Santiago 4:1-3; Mateo 15:18-19). Algunos de esos deseos son claramente pecaminosos, como querer ocultar la verdad, someter a otros o vengarse de alguien. Sin embargo, en muchas situaciones, el conflicto empeora debido a buenos deseos elevados a exigencias pecaminosas, tales como un deseo exagerado de ser comprendido, amado, respetado o reivindicado.

Cuando uno se preocupa demasiado por algo, aunque sea algo bueno, y lo busca para encontrar felicidad, seguridad o satisfacción en vez de buscarlas en Dios, es culpable de idolatría. La idolatría lleva a un conflicto con Dios ("No tendrán otros dioses ante mí"). También ocasiona conflicto con otras personas. Como Santiago escribe, cuando deseamos algo pero no lo recibimos, matamos y codiciamos, discutimos y peleamos (Santiago 4:1-4).

Hay tres pasos básicos que se pueden dar para vencer la idolatría, la cual empeora el conflicto. Primero, hay que pedir la ayuda de Dios para ver en qué punto somos culpables de adoración equivocada, es decir, en qué punto el amor, la atención y la energía están dirigidos a algo o alguien que no es la persona de Dios. Segundo, hay que identificar y renunciar específicamente a cada uno de los deseos que forman parte del conflicto. Tercero, hay que tener la intención de buscar la adoración

correcta, es decir, fijar el corazón y la mente en Dios, y buscar gozo y satisfacción sólo en él.

Con la dirección y el poder de Dios en ese esfuerzo, es posible liberarse de los ídolos que empeoran el conflicto y recibir motivación para escoger lo que agrada y honra a Cristo. El cambio de corazón, por lo general, agiliza la solución del problema y mejora la capacidad para evitar problemas semejantes en el futuro.

Restaurar con tacto

Otro principio clave de la pacificación está relacionado con el esfuerzo para ayudar a otros a comprender cuál ha sido su parte en un conflicto. Cuando los cristianos creen que deben hablar con alguien sobre un conflicto, uno de los primeros versículos que vienen a la mente es Mateo 18:15: "Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve, amonéstale a solas entre tú y él". Si este versículo se lee fuera de contexto, parece que enseña que siempre hay que utilizar la confrontación directa para obligar a otros a admitir su pecado. Sin embargo, si el versículo se lee en contexto, vemos que Jesús tuvo en mente algo mucho más flexible y beneficioso que pararnos frente a otros para echarles en cara sus pecados.

Justamente antes de este pasaje, aparece la maravillosa metáfora que Jesús presenta de un pastor amoroso que va a buscar una oveja perdida y que se regocija cuando la encuentra (Mateo 18:12-14). Así que la introducción a Mateo 18:15 es un tema de restauración, no de condenación. Jesús repite ese tema inmediatamente después de decir "anda a mostrarle su falta" añadiendo: "Si él te escucha, has ganado a tu hermano". Toca el tema de la restauración una tercera vez en los versículos 21-35, donde utiliza la parábola del criado malvado para hacernos recordar que debemos ser tan misericordiosos y perdonadores con otros como Dios lo ha sido con nosotros (Mateo 18:21-35).

Resulta claro que Jesús llama a sus seguidores a actuar con mucho más amor y deseo de restaurar que a confrontar a los demás con una lista de sus errores. Así también, Gálatas 6:1 da un buen consejo sobre cuál debe ser la actitud y el propósito cuando uno va a confrontar a su hermano. "Hermanos, en caso de que alguien se encuentre enredado en alguna transgresión, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre". La actitud debe ser una actitud de mansedumbre y no de enojo, y el propósito debe restaurar y no condenar.

Pero antes de ir a hablar con alguien, hay que recordar que es conveniente pasar por alto las ofensas menores (ver Proverbios 19:11). Como regla general, una ofensa puede pasarse por alto si la respuesta a las siguientes preguntas es "no":

- ¿La ofensa ha deshonrado seriamente a Dios?
- ¿Ha dañado permanentemente una relación?
- ¿Está haciendo mucho daño a otros? y
- ¿Está haciendo daño al ofensor?

Si la respuesta es "sí" a una de las preguntas, la ofensa es demasiado seria para pasarla por alto, y en ese caso Dios nos ordena ir al ofensor y hablarle en privado y con amor sobre la situación. Al hacerlo, hay que recordar lo siguiente:

- Pedir a Dios humildad y sabiduría
- Pensar con cuidado en las palabras (pensar en cómo nos gustaría ser confrontados)
- Anticipar posibles reacciones y pensar en respuestas adecuadas (los ensayos pueden ayudar mucho)
- Escoger el tiempo y el lugar correctos (hablar personalmente si es posible)
- Suponer lo mejor del otro hasta tener pruebas que demuestren lo contrario (Proverbios 11:27)
- Escuchar atentamente (Proverbios 18:13)
- Hablar sólo para edificar al otro (Efesios 4:29)
- Pedir la opinión de la otra persona
- Reconocer los límites (sólo Dios cambia a las personas; ver Romanos 12:18; 2 Timoteo 2:24-26)

Si una primera conversación no resuelve un conflicto, no hay que rendirse. Hay que recordar lo que se dijo e hizo, y buscar una mejor manera de tratar el problema en una conversación posterior. También sería bueno pedir consejo a un amigo espiritualmente maduro sobre cómo acercarse a la otra persona con mejores resultados. Luego se puede intentar de nuevo con más apoyo en oración.

Si varios intentos de solución con conversaciones privadas no dan resultado, y el asunto es todavía demasiado serio para pasarlo por alto, hay que pedir a dos o más personas que se reúnan con las dos personas en conflicto para ayudarles a resolver sus diferencias por la mediación, el arbitraje o la responsabilidad (ver Mateo 18:16-20; 1 Corintios 6:1-8; para más sugerencias al respecto, visita la web: <http://www.peacemaker.net/site/c.mkLUJ7MNKrH/b.5203795/k.C38C/Inicio.htm>)

Ir y reconciliarse

Uno de los rasgos más característicos de la pacificación bíblica es buscar el perdón y la reconciliación. Aunque los cristianos han experimentado el mayor perdón del mundo, a menudo no lo muestran a los demás. Para cubrir la desobediencia a menudo se utiliza la afirmación superficial: "Lo perdono—sólo que no quiero tener nada que ver con él". Sin embargo, pensemos en cómo nos sentiríamos si Dios dijera: "Te perdono, sólo que no quiero tener nada que ver contigo".

Aunque los cristianos han experimentado el mayor perdón del mundo, a menudo no muestran ese perdón a los demás.

Gracias a Dios que nunca dice eso. Más bien, nos perdona completamente y abre el camino para una verdadera reconciliación. Él nos pide que perdonemos a otros exactamente de la misma manera: "Sean tolerantes los unos con los otros, y si alguien tiene una queja contra otro, perdónense, así como el Señor los ha perdonado a ustedes" (Colosenses 3:12-14; ver también 1 Corintios 13:5; Salmo 103:12; Isaías 43:25). Una forma de imitar el perdón de Dios es hacer cuatro promesas cuando perdonamos a alguien:

- No pensaré más en este incidente.
- No volveré a mencionar este incidente ni lo utilizaré en contra tuya.
- No hablaré con otros sobre este incidente.
- No permitiré que este incidente nos separe ni que sea un obstáculo en nuestra relación.

Recordemos que el perdón es un proceso espiritual que no podemos llevar a cabo por nuestros propios medios. Así que, para perdonar a otros, debemos pedir siempre a Dios la gracia para poder imitar su maravilloso perdón hacia nosotros.

Negociar de acuerdo con la Biblia

Aun en los casos en que las ofensas personales se resuelven por medio de la confesión y el perdón, hay que tratar con *asuntos fundamentales*, que pueden tener que ver con dinero, propiedades o el ejercicio de algunos derechos. Esos asuntos no deben ocultarse bajo la alfombra ni deben pasarse automáticamente a una autoridad superior, sino que se deben negociar de una manera fiel a la Biblia.

Como regla general, hay que tratar de negociar los asuntos fundamentales de manera cooperativa y no competitiva. Es decir que en vez de tratar agresivamente de buscar los propios intereses y dejar que los demás se preocupen por ellos mismos, hay que tener la voluntad de buscar soluciones que beneficien a todos.

Como dice el apóstol Pablo: "no hagan nada por orgullo o sólo por pelear. Al contrario, hagan todo con humildad y vean a los demás como mejores a ustedes mismos. Nadie busque el bien sólo para sí mismo, sino para todos" (Filipenses 2:3-4; ver Mateo 22:39; 1 Corintios 13:5; Mateo 7:12).

Una manera de negociar que sigue las pautas bíblicas puede resumirse en cinco pasos básicos, a los que nos referimos como el principio de la PAUSA:

- **P**reparación (orar, buscar datos, pedir consejo, pensar en opciones)
- **A**firmación de relaciones (mostrar preocupación y respeto por los demás)
- **U**n entendimiento de los intereses de los demás es indispensable
- **S**oluciones creativas
- **A**nalizar las opciones objetiva y razonablemente (evaluar sin discutir)

Si nunca se ha utilizado esta manera de negociar, va a tomar tiempo y práctica (y a veces consejos de otras personas) para utilizarla bien. Pero el esfuerzo vale la pena, porque al aprender el principio de la PAUSA ayuda no sólo a resolver la disputa presente sino también a negociar mejor en todos los aspectos de la vida.

Prepararse para personas poco razonables

Siempre que uno responde a un conflicto, tiene que reconocer que otras personas pueden endurecer sus corazones y negarse a la reconciliación. Hay dos formas de prepararse para esa posibilidad.

Primero, hay que recordar que Dios no mide el éxito en términos de los resultados sino en términos de la *obediencia constante*. Él sabe que no es posible forzar a otros a actuar de una manera determinada. Por lo tanto no nos hace responsables de los actos de otros ni del resultado final de un conflicto.

Dios no mide el éxito en términos de los resultados, sino en términos de la obediencia constante.

Lo que Dios espera es que obedezcamos con toda la fidelidad posible su voluntad revelada (ver Romanos 12:18). Si lo hacemos, no importa cómo termina el conflicto,

podemos alejarnos con una conciencia limpia delante de Dios, sabiendo que su evaluación es: "Bien hecho, siervo bueno y fiel".

Segundo, hay que proponerse siempre encontrar una solución bíblica. Si una disputa no se resuelve fácilmente, puede haber la tentación de decir: "Bueno, he probado todos los principios bíblicos que conozco, y no han funcionado. Parece que tendré que tratar este asunto de otra manera (es decir, 'según el mundo')".

Un cristiano *nunca* debe cerrar la Biblia. Cuando usted trate de resolver un conflicto y no vea los resultados deseados, busque a Dios con más seriedad por medio de la oración, el estudio de su Palabra y el consejo de su iglesia. Mientras tanto es esencial que mantenga el enfoque en Cristo y en lo que Él ha hecho por usted (ver Colosenses 3:1-4). También es bueno seguir cinco principios para vencer el mal descritos en Romanos 12:14-21:

- Controlar la lengua ("Benedicid a los que os persiguen"; ver también Efesios 4:29)
- Buscar consejeros piadosos (identificarse con otros y no aislarse)
- Seguir haciendo lo que es correcto (ver 1 Pedro 2:12, 15; 3:15b-16)
- Reconocer los límites (en vez de contraatacar, mantenerse dentro de las pautas bíblicas)
- Usar el arma de mayor fuerza: el amor deliberado y centrado (ver también Juan 3:16; Lucas 6:27-31)

Por lo menos, esos pasos lo protegerán de ser consumido por el ácido de la propia amargura y resentimiento si los demás siguen oponiéndose. En algunos casos, además, Dios podría utilizar esas acciones para que otra persona se arrepienta (ver 1 Samuel 24:1-22).

Aunque otros persistan en hacer lo malo, es posible confiar en que Dios está en control y va a ocuparse de ellos a su debido tiempo (ver Salmos 10 y 37). Ese tipo de paciencia frente al sufrimiento es reconocido por Dios (ver 1 Pedro 2:19) y el resultado final es nuestro bien y su gloria.

Buscar ayuda de lo alto

Nadie puede, por su propia fortaleza establecer paz completa y duradera con otros. Se necesita la ayuda de Dios. Pero antes de recibir esa ayuda, tenemos que estar en paz con Dios.

La paz con Dios no llega automáticamente, porque todos hemos pecado y nos hemos apartado de él (ver Isaías 59:1-2). En vez de vivir la vida perfecta que se necesita para tener comunión con él, tenemos una historia manchada por el pecado (ver Mateo 5:48; Romanos 3:23). Por ello, nos corresponde estar separados eternamente de Dios (Romanos 6:23a). Ésta es una mala noticia.

La buena noticia es que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Creer en Jesús es más que ser bautizado, asistir a una iglesia o tratar de ser una buena persona. Nada de eso puede borrar los pecados que usted ha cometido y los que cometerá a lo largo de su vida. Creer en Jesús es, en primer lugar, admitir que uno es pecador y reconocer que no hay ninguna manera en la que

podamos recibir la aprobación de Dios por medio de las buenas obras (Romanos 3:20; Efesios 2:8–9).

Segundo, es creer que Jesús pagó todo el castigo por nuestros pecados cuando murió en la cruz (Isaías 53:1–12; 1 Pedro 2:24–25). Es decir que creer en Jesús es confiar en que él cambió nuestro récord por el suyo en el Calvario—que tomó nuestro récord de pecado y lo pagó por completo, y nos dio su récord perfecto.

Cuando creemos en Jesús y recibimos su récord perfecto de justicia, podemos tener verdadera paz con Dios. Al recibir esa paz, Dios nos da una mayor habilidad para estar en paz con los demás siguiendo los principios de pacificación que él nos da en la Escrituras, muchos de los cuales se han descrito aquí (ver Filipenses 4:7; Mateo 5:9).

Si usted no ha confesado sus pecados a Dios y no ha creído en Cristo Jesús como su Salvador, Señor y Rey, puede hacerlo ahora orando con sinceridad la siguiente oración:

Señor Jesús:

Sé que soy pecador y reconozco que mis buenas obras nunca podrían compensar mis errores. Necesito tu perdón. Creo que moriste por mis pecados y yo quiero apartarme de ellos. Pongo mi confianza en ti como mi Salvador, y te seguiré como a mi Señor y Rey en la comunión de tu iglesia.

Si usted ha orado la oración, es esencial que busque comunión con otros cristianos en una iglesia en la que se enseña y aplica la Biblia con fidelidad. La comunión le ayudará a aprender más acerca de Dios, a crecer en la fe y a obedecer sus mandamientos, aun cuando usted se encuentre en medio de un conflicto difícil.

Buscar ayuda en la iglesia

A medida que Dios le ayuda a practicar sus principios de pacificación, usted va a poder resolver sin ayuda la mayoría de los conflictos normales de la vida diaria. Sin embargo, a veces uno se encuentra con situaciones que no sabe cómo tratar. En esas situaciones, es bueno que en la iglesia acuda a una persona que sea madura espiritualmente que le dé consejos sobre cómo aplicar mejor los principios.

En la mayoría de los casos, ese tipo de “preparación” hará posible que usted busque de nuevo a la otra persona y resuelva sus diferencias en privado. Si la persona de la que usted pide consejo no tiene mucha experiencia en la solución de conflictos, sería bueno darle un ejemplar de Guiding People through Conflict que es una guía práctica y básica sobre la manera de ayudar a otros a resolver conflictos.

Cuando el consejo de otra persona no le ayuda a resolver una disputa, debe pedir a uno o dos amigos mutuamente respetados para que se reúnan con usted y su opositor para ayudarles a resolver sus diferencias por medio de la mediación o el arbitraje (ver Mateo 18:16-17; 1 Corintios 6:1-8). *Adaptado de The Peacemaker: A Biblical Guide to Resolving Personal Conflict. © 1997, 2003 por Ken Sande. Todos los derechos reservados.*